

Carta abierta al mundo, en honor a lo que he aprendido

Jesús Gallego



Hoy me incorporo al trabajo de nuevo, después de unas movidas vacaciones, y leía una frase de Ghandi que decía: “Vive como si fueras a morir mañana. Aprende como si fueras a vivir para siempre”. Me ha hecho pensar y, hoy, por la fecha que es, quisiera compartirte, como en un aparte, en voz baja, en confidencia, algo que llevo en mi corazón y que hoy quiero abrir. Hoy, amigo lector, amiga lectora, no hablaré de liderazgo en las empresas. Sí lo haré de liderar nuestras propias vidas. A través de una historia, parte de mi historia.

Y es que hoy es el cumpleaños de mi hijo, es el cumpleaños de Pablo. Cumple cinco añitos. Los que me conocéis personalmente o, incluso, me habéis escuchado en alguna conferencia, conoceréis que mi hijo tiene síndrome de Down.

Hoy no voy a contar toda la historia de cómo fueron los inicios —tras una sorpresiva noticia—, cómo reaccionamos al principio, o cómo ha sido durante estos años el camino, el día a día, que hemos vivido y disfrutado mi mujer y yo con Pablo. Hoy quiero agradecerle, en su cumpleaños, todo lo que he recogido, todo lo que he aprendido de él, de ti, mi hijo, para que ese aprendizaje nos ayude a vivir para siempre, como diría Gandhi.

Cuando naciste, no sabía qué esperar, no sabía qué decir, no sabía qué sentir. Hoy, después de cinco años, lo tengo muy claro y

quiero que el mundo se entere porque nunca podré agradecerte lo suficiente que llegaras a mi vida.

Hace tres años, en Navidad, con un muy buen amigo que llegaba de Alemania a casa, y después de una exquisita cena —ya sabes, es una cocinera magnífica— mamá nos preguntó a los dos, mientras tú dormías, qué había sido lo mejor de este año para nosotros,

—¿Qué es lo que más agradecéis? —nos dijo. Y a mí, rápidamente me vino una imagen: tu sonrisa, tu rostro a diario cuando te iba a despertar en las mañanas o me recibías con un cariñoso beso.

—¡Eso ha sido lo mejor de este año para mí! —respondía. Esa cara, esa sonrisa, ese amor mañanero. Y, a día de hoy, para mí, tu rostro, tu sonrisa, tu cariño, no tiene parangón.

La primera cosa que me has enseñado, cariño, es que todos los días se puede levantar uno con una sonrisa, con alegría en los ojos, con una mirada amable. Y cuando no te veo, o necesito de esa alegría, me acuerdo de ti, recuerdo tu carita, y mi rostro, a la par, se ilumina. ¡Gracias por tu luz, y cuánta responsabilidad de iluminar me ofreces!

Cuando pienso en ti, pienso también que todos los hijos necesitan a sus padres, y les necesitan bien. Es muy importante el bienestar de nosotros, los padres, para que nuestros hijos —voso-

tros— estéis bien. Y eso tú, Pablo, también lo sabes, lo detectas. Es impresionante cómo percibes cuando mamá y yo estamos un poco distanciados o hemos tenido alguna diferencia y nos dices: “papá, mamá: juntos”, y vienes a nosotros para acercarnos, para ayudarnos. He aprendido de ti tu atención, tu mirada, tu conciencia de cómo es necesario que las cosas estén bien entre nosotros para que estén bien contigo. He aprendido a que, con amor, se puede unir más fácilmente. He aprendido, mirándote a los ojos, que los egoísmos no tienen sentido y que sin ellos es más fácil la felicidad. Gracias, cariño por tanto aprendizaje.

Con el transcurrir de estos años, siempre hay una duda que revolotea, una cuestión que de vez en cuando se posa en nuestras mentes, y es sobre tu futuro, hijo. ¿Y qué será mañana? Contigo he aprendido a vivir más el presente, a dejar en manos de Dios lo que no podemos manejar, y centrarnos en lo que podemos organizar, hacer y resolver. Contigo he empezado a dar más importancia al momento presente y disfrutar más. Más de ti, de mamá, de los nuestros y lo nuestro, de nuestras aventuras personales y profesionales, construyendo, sí, para el mañana, pero dejando también espacio a lo que venga, porque lo que llegó, ya no nos lo podrán arrebatar y podremos recordarlo con agradecimiento. He aprendido a agradecer, a esperar, a vivir y a querer. Gracias, hijo, gracias, Pablo.

Pablo, hijo, eres especial, por eso no te cambiaría. No te puedo querer de otra forma, y por eso me has enseñado también sobre la **aceptación**. Claro que lo tengo que trabajar mucho más, pero me has enseñado a entender que debemos aceptar la realidad que no podemos cambiar, y cambiarnos a nosotros para ver con otros ojos esa realidad. Por eso disiento de que tú, hijo mío y tu discapacidad, hayáis sido un regalo enviado del cielo. No, nosotros, mamá y yo, lo hemos convertido, con la gracia de Dios, en un regalo, en el más maravilloso que podríamos tener. Y por eso, y por nosotros, a ti, Pablo, no te cambiaríamos en nada ni por nada. Gracias por enseñarme tanto sobre la aceptación, gracias por mostrarme el camino de la superación no resignada, gracias por enseñarme sobre la diferencia y quitarme los miedos que la rodean.

En definitiva, Pablo, me has enseñado a ver la vida de otra forma, me has enseñado a sentir más, a vivir más, a vivir mejor y más **profundo**. Antes de llegar tú, cuántas cosas decía o sabía, pero no estaban insertas con profundidad en mi corazón. Tu llegada supuso, al principio, un terremoto violento que removió muchas convicciones. Hoy, esas convicciones han encontrado cimiento profundo, pilares robustos, y una mayor consciencia. Gracias, hijo, por servir para remover mi vida y darla más sentido.

Muchas felicidades, Pablo, muchas felicidades, hijo. Sabes que eres lo más importante para tu mamá y para mí. Ojalá que nuestra labor la hagamos de tal manera que nunca seamos límite para tus posibilidades. Un beso muy fuerte ¡¡y feliz cumpleaños!!.

Tu padre que te quiere.

25 de agosto de 2015